

David Harvey, *SEVENTEEN CONTRADICTIONS AND THE END OF CAPITALISM*,: Profile Books, London, 2014 (336 pp.), ISBN: 978-1-78283-008-5 (en castellano, *DIECISIETE CONTRADICCIONES Y EL FIN DEL CAPITALISMO*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2014 (293pp.), ISBN: 978-84-96453-50-0).

Mario del Rosal Crespo¹

Universidad Complutense de Madrid e Instituto Marxista de Economía.

En su nueva obra, *David Harvey* (Reino Unido, 1935, davidharvey.org), autor marxista de referencia gracias a obras tan relevantes como *The Limits to Capital* (1982), *The Condition of Postmodernity* (1989) o *A Brief History of Neoliberalism* (2005), persigue un objetivo tan oportuno como complejo: identificar las contradicciones intrínsecas del modo de producción capitalista para comprender su lógica, explicar su funcionamiento y desvelar las causas de sus recurrentes crisis. No tenemos ante nosotros, por lo tanto, un simple manual divulgativo de economía marxista ni un enésimo análisis de la depresión actual, sino un intento de clarificar la verdadera naturaleza del capital más allá de las apariencias.

A partir de la concepción marxiana de la dialéctica, Harvey se centra en los engranajes ocultos del capitalismo, en cuanto modelo de reproducción social, sobre la base de su lógica interna de valorización y acumulación. De este proceso intelectual extrae e identifica *diecisiete contradicciones* concretas consustanciales al capitalismo. Es decir, diecisiete pares de conceptos o fenómenos que interactúan entre sí, que resultan antagónicos y confluyentes al mismo tiempo, y que, finalmente, crean una tendencia de tensión dinámica que puede dar lugar a una situación crítica de cambio radical.

La *primera contradicción* sobre la que reflexiona es la distinción entre el *valor de uso* y el *valor de cambio* de las mercancías, por tanto, entre la utilidad de un bien como medio para satisfacer necesidades y su valor en términos de otras mercancías, esto es, su precio. Esta distinción hace que, en el capitalismo, el valor de uso de los productos del trabajo humano no sea más que un medio para realizar su valor de cambio, mas no un fin en sí mismo.

La *segunda contradicción* tiene que ver con el *dinero*, un elemento esencial en el capitalismo en cuanto medio para socializar los distintos trabajos privados, puesto que actúa como elemento que representa y materializa el valor, sustancia intangible de las mercancías. Sin embargo, la fetichización del dinero, es

¹ mariodelrosalcrespo@gmail.com

decir, su mutación de medio a fin en sí mismo, sirve en última instancia para ocultar el origen social y laboral del valor, lo que hace que dinero y valor sean consustanciales, pero distintos. Esto alimenta el mito y el misterio del dinero como catalizador de creencias y comportamientos socialmente anómicos y tolerantes con la explotación, la desigualdad y la miseria.

La *tercera contradicción* es la que relaciona *la propiedad privada y el Estado*, dos conceptos aparentemente antagónicos, pero mutuamente dependientes. Por un lado, es obvio que la individualidad y libertad, que la propiedad privada supuestamente garantiza (según Hayek), es inviable sin un Estado que la proteja mediante el monopolio legal de la violencia. Por otra parte, existen bienes que, por su propia naturaleza, no pueden ser privados (los públicos y los comunes) y han de ser procurados por el Estado, so pena de poner en peligro la reproducción del sistema. Además, el propio dinero y, por supuesto, el sistema financiero dependen absolutamente de la protección del Estado (en la figura del Banco Central, fundamentalmente), máxime cuando se trata de dinero fiduciario. A pesar de ello, siempre cabe la posibilidad de que el aparato y del poder del Estado sea (parcialmente) ocupado por fuerzas políticas favorables al trabajo, lo que supone una amenaza para el apoyo que requiere el capital.

La *cuarta contradicción* surge en el proceso de *apropiación privada de una producción crecientemente socializada*. Esta apropiación, ya sea legal o ilegal, tiene su origen en el concepto de la *acumulación por desposesión* que el propio Harvey acuñara en su obra *The New Imperialism* (2003) y cuya base conceptual se desarrolla a partir de la idea marxiana de la acumulación primitiva. Según aquel concepto, las diversas formas que toma la desposesión (privatizaciones, financiarización, gestión de las crisis, redistribución estatal de los ingresos...) se añaden a la explotación basada en el salariado, agravando así la dominación de clase y la desigualdad material. Además, la mercantilización de la fuerza de trabajo y de los recursos naturales, no sólo va en contra de su propia esencia y de su uso en modos de producción anteriores, sino que está basada en una violencia que acaba convirtiéndose en estructural, como ya afirmara Polanyi.

La *quinta contradicción* es la que enfrenta *capital y trabajo*, derivada del hecho de que la explotación y la dominación de la clase trabajadora, por parte de la capitalista, en el marco del régimen del salariado es consustancial a la existencia de ambas clases sociales. Su resultado material es el plusvalor, es decir, la parte del valor producido por la fuerza de trabajo que no le es pagada en forma de salario y que el capital que la contrata se apropia. Esto conlleva la alienación en el sentido marxiano, es decir, la obligación que tiene el trabajador de entregar una parte de su producto a quien le compra su fuerza de trabajo, lo que perpetúa la estructura de explotación basada en el poder de la clase propietaria de los medios de producción. El resultado de esta explotación no puede ser otro que la lucha de clases, situación en la que interviene directamente el Estado como garante de la estabilidad del sistema.

La *sexta contradicción* tiene que ver con la *doble naturaleza del capital, como elemento estático y como proceso dinámico*. Obviamente, el capital necesita circular para valorizarse y para poder realizar, así, el plusvalor que encierra. Por ello, uno de sus objetivos fundamentales será acelerar el proceso todo lo posible. Sin embargo, esto aumenta la importancia del capital fijo sobre el circulante, lo que hace del conjunto del capital un factor cada vez menos flexible, más difícil de adaptar y con mayores plazos de maduración. Por otro lado, el creciente poder de los rentistas sobre los recursos naturales y del capital bancario sobre los activos financieros conduce a una contradicción entre la inmovilidad del capital fijo y la ubicuidad del capital dinerario; cuyo resultado son crisis tan graves como la actual.

La *séptima contradicción* es la *mutua dependencia entre producción y realización*. El valor que la producción genera sólo llega a realizarse cuando las mercancías obtenidas son vendidas. Y, obviamente, esta venta depende de la capacidad adquisitiva de los consumidores. El hecho de que la inmensa mayoría de éstos sean trabajadores revela la doble naturaleza contradictoria del salario como coste, desde el punto de vista de la producción, y como factor esencial de la demanda efectiva, desde la perspectiva de la realización. Por otro lado, la capacidad de los capitales improductivos (bancario y rentista, fundamentalmente) de

apropiarse de una fracción creciente del plusvalor creado a cambio de hacer posible la actividad económica, o el poder que tienen ciertos capitales comerciales situados en posiciones monopólicas para imponer precios superiores al valor de las mercancías, presiona sobre las ganancias del capital productivo. Esto supone un lastre para su rentabilidad y un acicate para la especulación.

La *octava contradicción* tiene que ver con *la tecnología*, factor que pone su capacidad transformadora al servicio del capital y de su lógica del lucro y la explotación, en vez de dar prioridad al bienestar del ser humano. Así, la innovación se convierte en un fin en sí mismo, en un fetiche protegido por los monopolios y favorecido por los Estados, que la espolean por razones militares y de control social. Es más, la tecnología acaba siendo un arma esencial, en manos del capital, en la lucha de clases, puesto que no sólo mejora la productividad para aumentar el plusvalor relativo, sino que, por medio del paro tecnológico, resulta funcional para erosionar el poder de la clase trabajadora. Este uso de la tecnología conduce a otra contradicción que, esta vez, afecta al capital en su conjunto. Se trata de que la sustitución de fuerza de trabajo por medios de producción que la innovación permite, y a la que cada capital se ve obligado por la competencia, reduce las fuentes de plusvalor y, además, afecta a la demanda efectiva. Así, tanto la tendencia a la caída de la tasa de ganancia como las crisis de subconsumo ponen en peligro el sistema, si bien las causas contrarrestantes que ya explicara Marx en el tercer volumen de *El Capital* suponen válvulas de escape que facilitan sucesivas huidas hacia adelante.

La *novena contradicción* está relacionada con la *división del trabajo*. Este fenómeno, enfocado obviamente hacia la rentabilidad y la competitividad, permite abaratar el coste de los valores de uso. Esto favorece el consumo, pero a costa de múltiples dislocaciones en el mundo del trabajo, ya que cada división supone una fractura potencialmente generadora de conflictos, así como una fuente de alienación para el trabajador, que ve sus tareas simplificadas y parcializadas hasta el extremo. Además, esta división sirve para segmentar y debilitar a la clase trabajadora, al aumentar la competencia entre grupos de asalariados.

La *décima contradicción* enfrenta *al monopolio y a la competencia*. Según las teorías convencionales, la competencia es el motor del capitalismo, mientras los oligopolios y monopolios son considerados simples aberraciones que hay que suprimir para permitir el máximo desarrollo de las bondades del mercado. Pero esto no es más que el mito fundacional de la economía liberal. Lo cierto es que la monopolización no es ninguna excepción, fallo o deformación del sistema, sino el resultado de un doble proceso: la centralización y la concentración del capital. Además, el monopolio y la competencia (monopolística, que es la realmente vigente, y no la perfecta, que sólo existe en los manuales ortodoxos) no son polos opuestos, sino dos formas distintas y complementarias de desarrollo del capital que el Estado protege en mayor o menor medida según las necesidades del sistema (de hecho, la misma propiedad privada constituye un monopolio, no sólo individual, sino sobre todo de las clases propietarias sobre los medios de producción).

La *undécima contradicción* está relacionada con *el desarrollo geográfico desigual y la producción del espacio*. El capital ha de adaptarse a un medio natural cambiante y, al mismo tiempo, lo moldea según sus propias necesidades, en constante evolución. La geografía se convierte en un reflejo de las contradicciones del capital. Por ello, la necesidad de acelerar los procesos determina enormemente la producción de los espacios. El resultado es una división internacional del trabajo radical (deslocalizaciones), sobre todo dentro de cada multinacional, que viene dada por la diferencia de costes unitarios entre distintas áreas. Esto incrementa la desigualdad entre regiones, aunque este proceso tiene límites infranqueables (contaminación, aglomeración, precios, rentas y costes administrativos crecientes o salarios en ascenso en las zonas prósperas). La urgencia constante del capital excedente por encontrar nuevos espacios de rentabilidad añade tensión a esta dinámica y agrava los conflictos de clase. En ellos, participan los Estados tratando de atraer capitales a costa de la degradación de las condiciones de trabajo y de la pérdida de soberanía, cuestión a la que también contribuyen decisivamente los procesos de integración regional.

La *duodécima contradicción* es la *desigualdad económica*. Aunque no se trata de un fenómeno exclusivo del capitalismo, resulta imprescindible para su funcionamiento y forma parte esencial de su lógica. Por una parte, el beneficio surge del plusvalor y éste, de la explotación y la dominación de clase, fenómenos incompatibles con la igualdad. Para garantizar la ganancia, el capital necesita limitar o degradar los salarios –ya sea en términos reales o relativos– lo que conduce al aumento de la desigualdad entre clases, que es el núcleo de toda desigualdad en el capitalismo. Además, el paro, como elemento imprescindible para garantizar la sumisión del trabajador y la contención salarial, es otra fuente permanente de desigualdad. Los únicos factores contrarrestantes de esta tendencia son la lucha de la clase trabajadora y, en ciertos casos, la intervención del Estado, que trata de salvar al sistema de su inmolación cuando la desigualdad es tan excesiva que acaba obstaculizando la realización.

La *decimotercera contradicción* está relacionada con la *reproducción social y la educación*. En el seno del capitalismo, se dan dos necesidades de reproducción contradictorias entre sí: la del trabajador y la del capital. La primera exige limitar la explotación física y garantizar la supervivencia biológica; la segunda exige el plusvalor. La tendencia a procurar una cierta formación y bienestar material al trabajador responde tanto a las necesidades técnicas del capital, que precisa una fuerza de trabajo viva y capaz de manejar la tecnología, como a las de control social, para refrenar los accesos revolucionarios, facilitando el aburguesamiento de los asalariados. En este marco, la educación formal –especialmente la pública–, al canalizar los deseos de aprender de la clase trabajadora, garantiza la sumisión de los asalariados a la lógica del sistema y limita el pensamiento crítico y alternativo. Por otro lado, el afán por mejorar la productividad hace que el capital y el Estado den cada vez mayor importancia a la educación, aunque siempre en un sentido técnico y productivo, no revolucionario ni emancipador, como demuestra, por ejemplo, la teoría del capital humano impulsada por Becker en los sesenta y que Harvey critica frontalmente.

La *decimocuarta contradicción* enfrenta *libertad y dominación*. Por un lado, la libertad que el capitalismo supuestamente pretende está deformada, degradada y encorsetada por los límites psicosociales que establece la superestructura impuesta por el capital. Por otra parte, el capitalismo global emplea el concepto abstracto de libertad como justificación fraudulenta de su naturaleza imperialista. En todo caso, la contradicción esencial, ya revelada por Polanyi, se da entre la necesidad de dominación de clase, que el capitalismo debe imponer por su propia naturaleza explotadora, y la libertad que se supone que persigue. Libertad que, en realidad, no es otra que la del capital para controlar sin trabas al trabajo. Así, la libertad del capital descansa en la falta de libertad de los trabajadores, ya que, como afirmaba Marx, entre una y otra, es la fuerza la que decide.

La *decimoquinta contradicción* es el *crecimiento ilimitado* que el capitalismo exige y cuya imposibilidad material es ignorada por la fe inquebrantable del sistema en su propia providencia y en los avances de la tecnología. Lo esencial aquí es entender que el capitalismo es incompatible con una tasa de crecimiento decadente o nula por una razón obvia: el origen del beneficio está en el excedente de valor creado durante el proceso de producción, por lo que el crecimiento cero es inviable en este régimen económico. Sin embargo, tasas compuestas de crecimiento unidas a ritmos cada vez menores de aumento de la productividad y de la rentabilidad generan dos graves problemas para el capital que ni la financiarización de la economía ni las estrategias del neoliberalismo pueden soslayar: cómo obtener ganancias y dónde invertir las ganancias obtenidas. Ante ello, las enormes y crecientes masas de capital dinerario en busca de rentabilidad se lanzan a la captura de rentas extractivas, réditos financieros y beneficios especulativos, en lugar de emprender actividades productivas de valor y plusvalor, lo que crea un escenario de enorme inestabilidad.

La *decimosexta contradicción* se refiere al *medio ambiente*. La presión del capital sobre la naturaleza en forma de sobreexplotación y contaminación es evidente e insostenible. Sin embargo, Harvey trata de matizar este tipo de argumentos –no siempre ajenos al simplismo– con algunas observaciones. Por ejemplo, que el capital ha resuelto (o pospuesto) muchas veces a lo largo de la historia este problema y

que, además, las previsiones agoreras nunca se han mostrado acertadas (Malthus, Ehrlich). O, también, que, como el capital ha acabado por convertir la protección del medio ambiente en un negocio, nada impide que pueda acabar tomando medidas que corrijan esta situación.

Por fin, llegamos a la *decimoséptima contradicción: la alienación y la rebelión*. Las dieciséis contradicciones anteriores podrían ser superadas por el capital, pero a un coste insoportable para el ser humano, puesto que su bienestar y desarrollo no entran a formar parte de la ecuación del sistema. Por eso, ante situaciones de crisis como la actual, los componentes fascistas de control y represión avanzan rápidamente en las sociedades capitalistas, aunque se disfracen de democracia. La humanidad necesita abolir este sistema económico por el único medio posible: la revolución. Pero para ello no sólo es necesario un movimiento político destructivo potente, sino un debate amplio y profundo sobre qué modo de producción construir en su lugar; algo que no se está haciendo. El catalizador más importante para llegar a la necesaria revolución es la alienación que afecta cada vez más a los seres humanos en todos los ámbitos, desde el trabajo hasta el consumo. Sin embargo, la verdadera dificultad está en que los ciudadanos lleguen a reconocerse como víctimas de esta alienación, habida cuenta de su hegemonía como lógica de funcionamiento social, y en convertir la indignación resultante en un movimiento coherente de oposición anticapitalista.

La conclusión a la que llega Harvey es que, para acabar con el capitalismo, se hace necesario un *humanismo revolucionario*, es decir, un modo de pensamiento y acción destinado a cambiar el mundo y a nosotros mismos con el fin de liberarnos de la alienación. Pero no desde las coordenadas del humanismo tradicional, finalmente transmutado en distintas formas de filantropía y ayuda al desarrollo perfectamente inocuas para el sistema, sino a partir de un indudable anticapitalismo que, según Frantz Fanon, no es posible sin el concurso de la rebelión violenta, dada la violencia estructural que el propio capitalismo impone sistemáticamente a la población para garantizar su dominación.

En nuestra opinión, estamos ante una obra que, sin llegar a la altura o complejidad de los textos fundamentales de su autor, supone un lúcido y estimulante ejercicio de reflexión desde el paradigma marxista. Gracias a una meritoria combinación de rigor y sencillez, *Harvey* revela (y se rebela contra) las contradicciones esenciales que subyacen al capitalismo y que tanto pueden ayudar a entender la actual crisis del sistema. Sus limitaciones principales radican en que adolece de un cierto desorden a la hora de categorizar y diferenciar los elementos que propone y en que no llega más que a asomarse a algunas de las cuestiones más apasionantes y polémicas del marxismo. Sin embargo, estas relativas carencias, inevitables en un texto de vocación divulgativa y de miras tan amplias como este, no eclipsan su indudable valor como material de estudio tanto para el iniciado como, sobre todo, para quien tenga interés en asomarse por primera vez a las potentes propuestas de la teoría marxista para el análisis de la economía capitalista. La enorme envergadura intelectual de *David Harvey* y su larga, fructífera y ampliamente reconocida carrera como autor de referencia del marxismo anglosajón, unidas a su innegable y poco habitual capacidad para escribir con tanta facilidad como elegancia, hacen de *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism* una de las obras actuales más recomendables para comprender en profundidad la esencia contradictoria, insostenible y destructiva del sistema capitalista.